

“El transeúnte”

de Rogelio Echavarría

Escribe: ALBERTO MORENO GOMEZ

En la poesía de Rogelio Echavarría no es rigurosamente cierto que predomine la apreciación externa de los hechos reales. Eso sería contrario a la concepción filosófica del arte poético, que tiene su raíz en las zonas subyacentes de la conciencia del hombre, y en las más profundas interioridades humanas que es de donde emerge la armonía y el equilibrio de la creación artística. Cuando Aristóteles concibió un libro sobre la “Poética”, allí quedó formulado el pensamiento universal que, a través de la poesía, constituye el derrotero de las grandes preocupaciones ante el estupendo espectáculo de la belleza expresada en cánones y principios que la exoneran con diamantina pulcritud literaria. La separación, el distanciamiento, el divorcio anímico de lo filosófico y de lo artístico tienen sus razones y fundamentos intelectuales, pero simultáneamente obedecen a un criterio de prioridad en el ámbito de sus respectivas proyecciones.

Evidentemente, la filosofía y sus pautas recorren un proceso que, aunque eminentemente subjetivo, es fruto del estudio, del análisis, del

profundo razonar que converge ineludiblemente en la elaboración de postulados más o menos discutibles, según el criterio que se aplique, lógica u ontológicamente. La poesía es el contraste, lo opuesto, lo típicamente diferenciado de la norma y de la divagación filosófica. Espontánea, ejerciendo una absoluta autonomía en la conciencia, sustraída de la arbitraria subordinación a las reglas del razonamiento, la función poética discurre sola, movida y fecundada por el mágico imperio de la iluminación interna, sin especular alrededor de teoremas, puesto que la expresión surge y emana atada al fenómeno mismo de la creación artística. En la primera existen etapas de la inteligencia sedimentada por el acervo de conocimientos que van adquiriéndose trabajosamente, laboriosamente, a través de difíciles y complicadas teorías que arrancan desde las disertaciones de Sócrates y que no terminan en ninguno de los filósofos contemporáneos, pero que tampoco parece culminar mientras se controvierta sobre el universo y sus pasiones. En la poesía, aun siendo su mecanismo ignorado por los propios creadores

de la belleza artística, el manantial fluye sin dejarse aprisionar por reglas acuciosamente confeccionadas en el meollo de los pronunciamientos abstractos.

El Transeúnte, libro que Rogelio Echavarría facturó alejado de influencias y limitaciones, es, si no precisamente, sí aproximadamente, el reflejo de su magnífica vocación poética. Siguiendo inductivamente por los canales de la inspiración, llega y penetra a los puntos más o menos concretos de la realidad externa, pero desenvolviendo su poder creativo a la par con los auténticos instrumentos que proporciona la conciencia atormentada del hombre. De la conciencia atormentada por la adivinación, por el embrujo y el misterio que lo dominan en la versión de sus quehaceres estéticos. Tempranamente asomó al mundo poético, trajo el mensaje que le permitieron sus primeros años, regó la semilla de una poesía presidida por la serenidad y se consagra como personero discreto de su generación, de una tendencia lírica que desecha el boato y la fronda en la aprehensión literaria, logrando morigerar los perniciosos resultados de las frecuentes deformaciones poéticas.

El Transeúnte recoge y contiene un nuevo espíritu poético. No nuevo porque haya consagrado una revolución en la poesía, sino por la severidad y el acierto con que relata el conjunto circundante, y por el retorno que implica esa poesía hacia las zonas más gratas y más humanas de la inteligencia, de la vida misma del hombre. De aquí que la obra poética de Rogelio Echavarría no pueda clasificarse arbitrariamente como un sartal de arandelas cotizables en el mercado de la vana palabrería, de aquella

que se escribe y se borra aceleradamente porque es fruto de la inconformidad, de la simple fraseología que mutila y tuerce escondiendo deliberadamente los enigmas del universo. Los poetas de este género suelen acudir a la coordinación de palabras ordinarias, cargados de belicosidad, dándole a la versificación un acento intolerante que impide respirar tranquilamente el clima natural de las creaciones estéticas.

No sucede tal cosa en la obra poética de Rogelio Echavarría. Familiarizado en las lecturas clásicas, la atmósfera vital de sus proyecciones intelectuales se desenvuelve y mantiene viva, en medio de atributos diferenciados, subordinada a inexorables condiciones subjetivas que se nutren milagrosamente y que se estructuran sobre una amplia y certera base en la expresión.

Cuando apareció Rogelio Echavarría hace más de tres lustros en el terreno de la poesía, se trazó su propio y dilatado paisaje, que ahora ratifica y confirma con su libro *El Transeúnte*, sin los juicios torpes que predominan en la época presente, sino aferrado a los moldes perdurables de la comprobación subjetiva. Que es la única que se graba en el recuerdo y que es propensa, por virtud de su misma naturaleza, a resistir la acción de la crítica mesurada. Es poesía que no fatiga, que no produce la pereza mental, que está envuelta en la fresca reminiscencia de los verdaderos forjadores de la belleza y que está llamada, por su elevada jerarquía, a sostenerse alumbrada y alumbrando por el combustible interior que la alimenta generosamente.